

IMPRIMIR

HACIA EL VALLE DE CARACAS

ALEXANDER VON HUMBOLDT

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

La importancia de una capital no depende exclusivamente de su población, su riqueza o su posición; y para apreciarla con alguna justicia, es necesario recordar la extensión del territorio del que es ella centro, la masa de producciones indígenas que son objeto de su comercio las relaciones en que se encuentra con las provincias sometidas a su influencia política. Estas distintas circunstancias se modifican con los vínculos más o menos relajados que unen a las colonias con la metrópoli; mas son tales el imperio del hábito y las combinaciones del interés comercial, que es probable que esa influencia de las capitales sobre los países circundantes, esas asociaciones de provincias, que se refunden entre sí bajo el nombre de reinos, de capitanías generales, de presidencias y de gobiernos, sobrevivirán así y todo a la catástrofe de la separación de las colonias¹. Los desmembramientos sólo se producirán allí donde, a despecho de los límites naturales, se han reunido arbitrariamente partes que se hallan estorbadas en sus comunicaciones. La civilización en América, dondequiera que (como en México, Guatemala, Quito o el Perú) no existía ya en cierta forma antes de la conquista, se dirigió de las costas hacia el interior, ya siguiendo el valle de un gran río, ya una cordillera de montañas que ofrecían climas templados. Concentrada a la vez en diferentes puntos, se propagó al modo de radios divergentes.

La reunión en provincias o en reinos se realizó con el primitivo contacto inmediato entre las porciones civilizadas o por lo menos sometidas a una dominación estable y regular, desiertas o habitadas por pueblos salvajes cercan hoy los países conquistados por la civilización europea; y aquellas separan tales conquistas como con brazos de mar difíciles de franquear manteniéndose con frecuencia estados en vecindad mediante franjas de tierras desmontadas. Es fácil conocer la

¹ Reinos, Capitanías generales, Presidencias, Gobiernos, Provincias, son los nombres que la corte de España ha dado siempre a sus dominios de ultramar.

configuración de las costas bañadas por el océano que las sinuosidades de este litoral interior en el que la barbarie y la civilización, las selvas impenetrables y los terrenos cultivados, se tocan y delimitan. Por no haber reflexionado sobre la situación de las nacientes sociedades del Nuevo Mundo, los geógrafos desfiguran tan a menudo sus mapas, trazando las diferentes partes de las colonias españolas y portuguesa como si estuviesen contiguas en todos los puntos del interior. El conocimiento local que he llegado a adquirir por mí mismo acerca de esos límites, me capacita para fijar con alguna certidumbre la extensión de las grandes divisiones territoriales, para comparar la parte silvestre y la habitada, y para medir la influencia política más o menos grande que ejercen ciertas ciudades de América, como centros de poder y de comercio.

Caracas es la capital de un país casi dos veces más grande que el Perú actual y algo menor que el reino de la Nueva Granada². Este país, que el gobierno español designa con los nombres de Capitanía general de Caracas o de provincias (reunidas) de Venezuela, tiene alrededor de un millón de habitantes, de los cuales 60.000 son esclavos.³ A lo largo de las costas, comprende, la Nueva Andalucía o provincia de Cumaná

² La Capitanía general de Caracas tiene alrededor de 48.000 leguas cuadradas (de 25 al grado); el Perú (desde que la Paz, Potosí, Charcas y Santa Cruz de la Sierra fueron separadas y unidas al virreinato de Buenos Aires) tiene 30.000; la Nueva Granada, incluyendo la provincia de Quito, 65.000. Hizo estos cálculos el Sr. Oltmanns, según los cambios que mis determinaciones astronómicas han introducido en los mapas de la América española. Prefiero aquí evaluaciones en números redondos; las discusiones particulares sobre la extensión de los distintos países, su población respectiva, y otras circunstancias puramente estadísticas, tendrán cabida en capítulos particulares, a medida que nos apartaremos de cada una de las grandes divisiones territoriales.

³ La Capitanía general de Caracas tiene el título de Capitanía gerieral de las Provincias de Venezuela, y Ciudad de Caracas.

(con la isla de Margarita)⁴. Barcelona, Venezuela o Caracas, Coro y Maracaibo. En el interior, las provincias de Barinas y la Guayana, la primera a lo largo de los ríos Santo Domingo y Apure, y la segunda a lo largo de los ríos Orinoco, Casiquiare, Atabapo y Río Negro. Una visión general sobre las siete provincias reunidas de la Tierra Firme, nos muestra que forman tres zonas distintas extendidas de Este a Oeste.

Primero hállanse terrenos cultivados a lo largo del litoral y cerca de la cordillera de montañas costaneras; luego, sabanas o dehesas; y al fin, allende el Orinoco, una tercera zona, la de los bosques en las que se penetra solamente por medio de los ríos que lo atraviesan. Si los indígenas que habitan esos bosques viviesen enteramente del producto de la caza, como los del Missouri, podríamos decir que las tres zonas en que hemos dividido el territorio de Venezuela son la imagen de tres estados de la sociedad humana: la vida del cazador salvaje en los bosques del Orinoco, la vida pastoral en las sabanas o Llanos y la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costeros. Los frailes misioneros y algunos soldados ocupan, así como en la América toda, puestos avanzados sobre la frontera del Brasil. Es en esta primera zona donde se palpa la preponderancia de la fuerza y el abuso del poder que es su necesaria consecuencia. Los indígenas se mueven en una guerra cruel y se devoran a veces unos a otros. Los frailes intentan ensanchar sus aldeillas de misión y sacan partido de las disensiones de los indígenas.

Los militares destinados a proteger los frailes viven en disputas con éstos. Todos por igual presentan el triste cuadro de la miseria y las privaciones. Pronto tendremos la oportunidad de acercarnos a mirar tal estado del hombre que, como estado natural, ensalzan los que habitan las ciudades. En la segunda región, que son las llanuras y los pastos, la alimentación no es variada, pero sí muy abundante. Más adelantados hacia la civilización, no por eso quedan los hombres, con excepción del recinto de algunas ciudades esparcidas, menos separados unos de otros. Al ver sus habitaciones, cubiertas en parte con pieles y cueros,

⁴ Esta isla, cercana a las costas de Cumaná, forma un Gobierno particular, que depende Inmediatamente del capitán general de Caracas.

creeríase que, en lugar de haberse asentado, están apenas acampados en esas vastas praderas que hacen horizonte. La agricultura, que basta por sí sola para consolidar las bases de la sociedad y estrechar sus lazos, ocupan la tercera zona, que constituye el litoral, y sobre todo los valles cálidos y templados de los montes cercanos al mar.

Se podría objetar que en otras partes de la América española y portuguesa, dondequiera que pueda seguirse el desarrollo progresivo de la civilización, encontramos reunidas las tres edades de la sociedad⁵; pero hay que observar, y esta observación es muy importante para los que quieren conocer a fondo la situación de las diversas colonias, que la disposición de las tres zonas, la de los bosques, la de los pastos y la de las tierras labradas, no es igual en todas partes, y que en ningún lado es tan regular como en el país de Venezuela. No es cierto que sea siempre de la costa hacia el interior que van disminuyendo la población, la industria comercial y la cultura intelectual. En México, en el Perú y en Quito, son las altiplanicies y las montañas centrales las que muestran la más numerosa reunión de cultivadores, las ciudades más contiguas, las instituciones más antiguas. Y aún se observa que en el reino de Buenos Aires, la zona de los pastos, conocida con el nombre de Pampas, está interpuesta entre el puente aislado de Buenos Aires y la gran masa de indios labradores que habitan las cordilleras de Charcas, la Paz y Potosí. Este hecho da origen, en un mismo país, a una diversidad de intereses entre los pueblos del interior y los habitantes de la costa.

Si se quiere tener una idea precisa de estas vastas provincias que desde hace siglos han sido gobernadas casi como estados separados, por virreyes y capitanes generales, hay que prestar atención a varios puntos a la vez. Hay que distinguir las partes de la América española opuestas al Asia, de las que están bañadas por el océano Atlántico; hay que discutir, como hemos hecho, dónde está colocada la mayor parte de la población y si ella está cercana a las costas, o si está concentrada en el interior, sobre las altiplanicies frías y templadas de las cordilleras; hay que verificar la razón numérica entre los indígenas y las demás castas, buscar el origen de las familias europeas, examinar a qué raza

⁵ *Nouv. Esp.*, t. II, p. 68

pertenece la mayoría de blancos en cada parte de las colonias. los andaluces-canarios de Venezuela, los montañeses (así llaman en España a los habitantes de las montañas de Santander) y los vizcaínos de México, los catalanes de Buenos Aires, se distinguen esencialmente entre sí en lo que hace a su aptitud para la agricultura, para las artes mecánicas, para el comercio, y para las cosas que provienen del desarrollo de la inteligencia. Cada una de estas razas ha mantenido, en el Nuevo como en el Viejo Mundo, los matices que constituyen su fisonomía nacional, la aspereza o la blandura de su carácter, su moderación o el deseo excesivo de lucro, su hospitalidad afable o el gusto por la soledad. En los países cuya población está compuesta en gran parte de indios y de castas mezcladas, las diferencias que se manifiestan entre los europeos y sus descendientes no pueden, seguramente, ser tan opuestas y definidas como las que antaño exhibían las colonias de origen jónico o dórico. Españoles trasplantados a la zona tórrida, hechos bajo un nuevo cielo, casi extranjeros a los recuerdos de la madre patria han tenido que experimentar transformaciones más sensibles que los griegos establecidos en las costas del Asia Menor o de Italia, cuyos climas difieren tan poco de los de Atenas o de Corinto. No se puede negar las diversas modificaciones que en el carácter del español-americano han producido a la vez la constitución física del país, el aislamiento de las capitales en altiplanicies, o su proximidad a las costas, la vida agrícola, el trabajo de las minas, y el hábito de las especulaciones de Caracas, de Santa Fe de Quito y de Buenos Aires, algo que pertenece a la raza, a la filiación de los pueblos.

Si examinamos el estado de la capitanía general de Caracas según los principios que acabamos de exponer, se ve que es sobre todo cerca del litoral donde se encuentra su industria agrícola, la gran masa de su población, sus ciudades numerosas, y todo lo que depende de una civilización avanzada. El desarrollo de las costas es de más de 200 leguas. Están bañadas por el pequeño mar de las Antillas, especie de Mediterráneo, sobre cuyas orillas han fundado colonias casi todas las naciones de Europa, que se comunica con muchos puntos del océano Atlántico, y cuya existencia ha influido notablemente, desde la con-

quista, sobre los progresos de la ilustración en la parte del naciente de la América equinoccial. Los reinos de Nueva Granada y México no se relacionan con las colonias extranjeras, y mediante ellas con la de Europa no española, sino por los únicos puertos de Cartagena de las Indias y Santa Marta, y de Veracruz y Campeche. Estos vastos países, dada la naturaleza de sus costas y el aislamiento de su población en el dorso de las cordilleras, tienen poco contacto con el extranjero. Aún menos frecuentada es el golfo de México, en una parte del año, a causa del peligro de las ventoleras del Norte. Las costas de Venezuela, en cambio, debido a su extensión, su desarrollo hacia el Este, la multiplicidad de sus puertos, y la seguridad de sus aterrajajes en las distintas estaciones, aprovechan todas las ventajas que ofrece el mar interior de las Antillas. En ninguna parte las comunicaciones con las grandes islas, e incluso con las de barlovento, pueden ser más frecuentes que por los puertos de Cumaná, Barcelona, La Guaira, Puerto Cabello, Coro y Maracaibo: en ningún lado ha sido más difícil de restringir el comercio ilícito con los extranjeros. ¿Habría que asombrarse de que esta facilidad de relaciones comerciales con los habitantes de la América libre y los pueblos de la Europa agitada haya acrecentado a un tiempo, en las provincias reunidas bajo la capitania general de Venezuela, la opulencia, las luces, y ese deseo impaciente de un gobierno local que se confunde con el amor de la libertad y de las formas republicanas?

Los indígenas cobrizos o indios no forman una masa muy importante de la población agrícola sino allí donde los españoles han hallado, en el momento de la conquista, gobiernos estables, una sociedad civil, instituciones antiguas y las más de las veces muy complejas, como en Nueva España, al sur de Durango, y en el Perú, desde el Cuzco al Potosí. En la capitania general de Caracas la población india es reducida, por lo menos fuera de las misiones, en la zona cultivada. En el caso de grandes disensiones políticas, los indígenas no provocan temores a los blancos y a las castas mezcladas. Evaluando la población total de las siete provincias reunidas en

900.000 almas, para 1800, cálculo que los indios sólo alcanzan a 1/9, mientras que en México alcanzan a casi la mitad de los habitantes.

Entre las castas de que está compuesta la población de Venezuela, la de los negros, que se hace doblemente interesante por la desventura y por el amor a una reacción violenta, no es notable por su número sino por su acumulación en una extensión de terreno poco considerable. Pronto veremos que en toda la capitanía general los esclavos no superan el 1/15 de la población total. En Cuba, que entre las Antillas es la isla en que los negros están en menor número comparativamente a los blancos, esta razón era en 1811 como 1 a 3. En las siete provincias reunidas de Venezuela hay 60.000 esclavos; Cuba, cuya extensión es ocho veces menor, tiene 212.000. Considerando el mar de las Antillas, del que hace parte el golfo de México, como un mar interior de varias embocaduras, es necesario dirigir la atención sobre las relaciones políticas que nacen de esa configuración singular del Nuevo Continente entre países situados alrededor de una misma cuenca. A pesar del aislamiento en que la mayor parte de las metrópoli tratan de mantener sus colonias, no por eso éstas dejan de comunicarse las agitaciones. Donde quiera son iguales los elementos de división, y como por instinto se establece un acuerdo entre hombres del mismo color aislados por la diferencia del lenguaje y habitantes de playas opuestas. Este Mediterráneo de América, formado por el litoral de Venezuela, Nueva Granada, México, trópoli tratan de mantener sus colonias, no por eso éstas los Estados Unidos⁶ y las islas Antillas, reúne en sus orillas alrededor de un millón y medio de negros libres y esclavos: tan desigualmente repartidos están, que no hay sino muy pocos al sur y casi nada en la región del oeste. La gran acumulación de ellos se halla en las costas septentrionales y orientales. Es por así decirlo la parte africana de esta cuenca interior. Es natural que las disensiones que desde 1792 se manifestaron en Santo Domingo se hayan propagado a las costas de Venezuela. En tanto tiempo como

⁶ Los productos de los estados transalégánicos son exportados por el Missisipi, y la posesión de las Floridas la desean vivamente los anglo-americanos para ocupar mayor desarrollo de costas en el mar Interior.

España ha poseído tranquilamente estas hermosas colonias, los pequeños motines de esclavos han sido reprimidos con facilidad; pero desde que comenzó una lucha de otro género, la lucha por la independencia, los negros, por su actitud amenazante, han inspirado a su vez temores a los partidos contrarios, y se ha proclamado en diferentes regiones de la América española la abolición gradual o instantánea de la esclavitud, no tanto por motivos de Justicia y humanidad, sino para asegurarse el apoyo de una raza de hombres intrépidos, acostumbrados a las privaciones, que combaten por sus propios intereses. En la relación de viaje de Jerónimo Benzoni encuentro un curioso pasaje que prueba cuán tempranos son los temores que debe producir el crecimiento de la población negra. No tendrán fin estos temores sino cuando los gobiernos secunden por medio de leyes las mejoras graduales que introducen en la esclavitud doméstica la templanza de las costumbres, la opinión y el sentimiento religioso. "los negros, dice Benzoni, se han multiplicado de tal modo en Santo Domingo, que en 1545, cuando yo estaba en Tierra Firme (en la costa de Caracas) , he visto muchos españoles que no dudaban de que dentro de poco esta isla sería propiedad de los negros"⁷. A nuestro siglo estaba reserva. do ver cumplirse esta predicción, y convertirse una colonia europea de la América en estado africano.

Los 60.000 esclavos que incluyen las siete provincias unidas de Venezuela están distribuidos tan desigualmente, que la sola provincia de Caracas contiene cerca de cuarenta mil de ellos, de los que 1/5 son mulatos. Maracaibo de diez a doce mil, Cumaná y Barcelona apenas seis mil. Para medir la influencia que los esclavos y los pardos en general ejercen sobre la tranquilidad pública, no basta conocer su número; es necesario considerar su acumulación en ciertos puntos y su género de vida como labradores o habitantes de las ciudades. En la pro-

⁷ "Vi sono molti Spagnuoli, che tengono per cosa certa, che questa isola (San Dominico) in breve tempo sara posseduta da questi Mori di Guinea- (Benzoni, Hist. del mondo nuovo, 21 edic. 1572, p. 65). El autor, que no es muy escrupuloso sobre los datos estadísticos que utiliza, cree que en su tiempo había en Santo Domingo 7.000 negros fugitivos (Mori cimaroni) con los que Don Luis Colón hizo un tratado de paz y amistad.

vincia de Venezuela se hallan los esclavos reunidos casi todos en un territorio no muy grande, entre la costa y una línea que pasa (a 12 leguas de la costa) por Paraquire, Yare, Sabana de Ocumare, Villa de Cura y Nirgua. En los llanos o vastas llanuras de Calabozos, San Carlos, Guanare y Barquisímeto, no hay sino de cuatro a cinco mil de ellos, que se hallan esparcidos en los hatos y ocupados en el cuidado de ganados. El número de manumisos es muy considerable: la legislación y las costumbres españolas favorecen la manumisión. El amo no puede negar la libertad a un esclavo que le ofrece la suma de trescientos pesos, aunque hubiese costado el doble el esclavo a causa de su industria y de una aptitud particular para el oficio que ejerce. Los ejemplos de personas que otorgan libertad por testamento a cierto número de esclavos son más comunes en la provincia de Venezuela que en cualquier otra parte. Poco antes de que visitásemos los fértiles valles de Aragua y el lago de Valencia, una dama que vivía en la considerable villa de la Victoria ordenó a sus hijos, desde su lecho de muerte, que diesen libertad a sus treinta esclavos, Me place referir casos que honran el carácter de los habitantes de quienes hemos recibido el señor Bonpland y yo tantas muestras de afectos y benevolencia.⁸

⁸ Esta evaluación no difiere sino en un décimo de la que publiqué en mi obra sobre México (t. IV, p. 472), que finaliza en consideraciones generales sobre el estado de todas las colonias españolas. Vivamente interesado en conocer en detalle la población negra de la América, había hecho en 1800, en los propios lugares y consultando a ricos propietarios (hacendados), las listas parciales para los valles de Caracas, Caucagua, Guapo, Guatire, Aragua, Ocumare, etc. Estas evaluaciones indicaban para la provincia de Venezuela 32.500 esclavos; y para toda la Canitanía general de Caracas, 54.000; y no 218.400 negros, como lo señala el Sr. Depons suponiendo (sin duda por error cifras) que los negros son casi el tercio (3/10) de la población entera YGyge a la Torres-Ferme, t. 1, pp. 178, 241). Los datos que he obtenido durante mi estada en Caracas, Cumaná y la Guayana española, han sido sometidos recientemente a nuevas verificaciones, gracias a la atenta solicitud del Sr. Manuel -Palacio- Fajardo, quien ha publicado una noticia muy interesante sobre el carbonato de sosa o Urao de la Lagunilla, y del cual los tres diarios de viaje de Santa Fe a Barinas, de Caracas a los llanos de Pore, y de Mérida a

Después de los negros hay interés sobre todo en las colonias por conocer el número de blancos criollos, que yo llamo hispanoamericanos,⁹ y el de los blancos nacidos en Europa. No es fácil obtener nociones suficientemente exactas sobre punto tan delicado. En el Nuevo Mundo, como en el antiguo, el pueblo detesta los empadronamientos, porque piensa que se hacen para aumentar la masa de los impuestos. Por otra parte, los administradores enviados por la metrópoli a las colonias no gustan más que el pueblo de las nóminas estadísticas, y esto por razones de una política recelosa. Dificilmente se escapan a la curiosidad de los colonos estas nóminas fatigosas en su ejecución. En Madrid, aunque ministros instruidos de los verdaderos intereses de la patria, hayan deseado de vez en cuando obtener informaciones fidedignas sobre la creciente prosperidad de las colonias, las autoridades locales no han secundado por lo general miras tan útiles. Han sido necesarias órdenes directas de la corte de España para que se entregasen a los editores del Mercurio Peruano las excelentes nociones de economía política que han publicado. En México, y no en Madrid, fue donde oí vituperar al virrey conde de Reviggagigedo, por haber enseñado a la Nueva España entera que la capital de un país que tiene alrededor de seis millones de habitantes no contenía, en 1790, sino 2.300 europeos, mientras que se contaban ahí más de 50.000 españoles-americanos. Los que proferían tales quejas consideraban como una de las más peligrosas concepciones del conde de Florida blanca el hermoso establecimiento de los correos, por medio de los cuales viaja una carta de Buenos Aires a Nueva California; y aconsejaban (felizmente sin éxito) arrancar las viñas en Nuevo México y en Chile para beneficiar el comercio de la metrópoli.

Trujillo, me han proporcionado preciosos materiales para el perfeccionamiento de las cartas geográficas.

⁹ A imitación del vocablo anglo-americano, aceptado en todas las lenguas de Europa. En las colonias españolas los blancos nacidos en América se llaman españoles; y los verdaderos españoles, los que han nacido en la metrópoli, los llaman europeos, Gachupines o Chapetones.

Con los indígenas Cumaná

El camino entre los bambúes nos llevó al poblezuelo de San Fernando, ubicado en un llano angosto, rodeado de peñas calcáreas muy escarpadas. Era la primera misión que veíamos en América¹⁰. Las casas, es decir, las cabañas de los indios Chaimas, separadas unas de otras, no están rodeadas de huertos. Las calles, anchas y bien alineadas, se cortan en ángulos rectos; y las tapias, muy delgadas y pocas sólidas, son de tierra gredosa y están sostenidas mediante bejucos. Esta uniformidad de construcción, el aire grave y taciturno de los habitantes, la

extrema limpieza que se mantiene en sus casas, todo recuerda aquí los establecimientos de los Hermanos Moravos. Cada familia de indios cultiva, a cierta distancia del pueblo, además de su propio huerto, el conuco de la comunidad. Los individuos adultos de ambos sexos trabajan en éste una hora por la mañana y otra por la tarde. En las misiones más cercanas a la costa el conuco de la comunidad es generalmente una plantación de caña de azúcar o de añil, dirigida por el misionero. Su producto, de observar estrictamente la ley, sólo puede emplearse en el mantenimiento de la iglesia y en la compra de ornamentos sacerdotales. La plaza mayor de San Fernando, ubicada en el centro del pueblo, comprende la iglesia, la casa del misionero y un modesto edificio que fastuosamente llaman la Casa del Rey. Es un verdadero caravanserrallo destinado a ofrecer abrigo a los viajeros,

¹⁰ Llámase en las colonias españolas Misión o Pueblo de misión, una reunión de habitaciones alrededor de una iglesia servida por un fraile misionero. Las aldeas indias gobernadas por curas se llaman Pueblos de doctrina. Diferencian además el Cura doctrinero que es cura de una parroquia de indios, del Cura rector, que es cura de una aldea habitada por hombres blancos o de raza mezclada.

cosa infinitamente valiosa, como con frecuencia hemos experimentado, en un país en que la palabra hospedería es aún desconocida. Las Casas del Rey se encuentran en todas las colonias españolas, y se creería que son imitación de los Tambos del Perú, establecidos según las leyes de Manco-Capac.

Habíamos sido recomendados a los religiosos que gobiernan las misiones de los indios Chaimas por el síndico que reside en Cumaná. No era tanto más útil esta recomendación, cuanto que los misioneros, ya sea por celo de la pureza de las costumbres de sus feligreses, ya para sustraer el régimen monástico a la curiosidad indiscreta de los extranjeros, ponen en práctica a menudo un antiguo reglamento según el cual no es permitido a un hombre blanco del estado seglar detenerse más de una noche en un pueblo indiano. Generalmente en las misiones españolas sería imprudencia confiar únicamente en el pasaporte emanado de la secretaria de estado de Madrid o de los gobernadores civiles: es necesario proveerse de recomendaciones dadas por las autoridades eclesiásticas, sobre todo por los guardianes de los conventos o por los generales de las órdenes residentes en Roma, á quienes los misioneros respetan infinitamente más que a los obispos. Las misiones forman, no diré que en virtud de sus instituciones primitivas y canónicas, sino de hecho, una jerarquía distinta, en cierto grado independiente, cuyas miras armonizan raramente con las del clero secular.

El misionero de San Fernando era un capuchino aragonés de mucha edad, pero lleno aún de vigor y vivacidad. Su extrema gordura, su humor jovial, su interés por los combates y asedios, se conformaban bastante mal con el concepto que en los países del Norte se tiene de los melancólicos ensueños y la vida contemplativa de los misioneros. Aunque muy ocupado con motivo de una vaca que había de ser descuartizada al día siguiente, este viejo religioso nos recibió con bondad, y nos dejó colgar nuestras hamacas en el corredor de su casa. Sentado la mayor parte del día en una gran poltrona de madera roja y no teniendo qué hacer, se quejaba con amargura de lo que él llamaba

pereza e indolencia de sus compatriotas. Nos preguntó mil cosas sobre el verdadero objeto de nuestro viaje, que le pareció aventurado y por lo menos harto inútil. Nos fatigó allí, como en el Orinoco, esa gran curiosidad que conservan los europeos en el seno de la selvas de América por las guerras y tormentas políticas del viejo mundo.

Por lo demás, nuestro misionero se mostraba muy satisfecho de su situación. Trataba a los indios con dulzura: veía prosperar su misión, y alababa con entusiasmo las aguas, los bananos y la leche del cantón. La vista de nuestros instrumentos, de nuestros libros y plantas desecadas le provocaban una maligna sonrisa, y con la ingenuidad característica de estos climas declaraba que de todos los goces de la vida, sin exceptuar el del sueño, ninguno era comparable al placer de comer buena carne de vaca; tan cierto es que la sensualidad crece con la ausencia de ocupaciones del espíritu. Nuestro huésped nos invitaba a menudo a ir a ver vaca que acababa de comprar; y al día siguiente cuando salió el sol, no pudimos dispensarnos de verla matar a la manera del país, es decir, dejarretándola antes de hundir un ancho cuchillo entre las vértebras del cuello. Por desagradable que fuese tal operación, nos hizo conocer la suma destreza de los indios Chaimas que en número de ocho lograron dividir en pequeñas porciones al animal en menos de veinte minutos. La vaca sólo valía 7 pesos, y ese precio pareció muy subido. El mismo día había pagado el misionero 18 pesos a un soldado de Cumaná, que tras \diarias tentativas infructuosas, logró sangrarlo en el pie. este hecho, poco importante en apariencia, muestra de un modo elocuente cuánto difiere en los países incivilizados el precio de las cosas del precio del trabajo.

La misión de San Fernando fue fundada a fines del siglo XVII, cerca de las juntas de los riachuelos Manzanares y Lucas Pérez. Un incendio que quemó la iglesia y las cabañas de los indios determinó a los capuchinos a establecer la aldea en el hermoso emplazamiento que hoy ocupa. El número de familias ha crecido hasta ciento, y el misionero nos señaló que la costumbre seguida por los jóvenes de casarse a la edad de trece o catorce años contribuía mucho a este rápido aumento de la población. Negaba que la vejez fuese tan precoz entre

los indios Chaimas como comúnmente lo creen los europeos. El gobierno de estas comunas indianas es por lo demás muy complejo: tienen su gobernador, sus alguaciles mayores y sus comandantes de milicias, que son todos indígenas cobrizos. La compañía de arqueros posee sus banderas y hace ejercicios con el arco y la flecha tirando a blanco: es la guardia nacional del país. Este aparato militar bajo un régimen puramente monástico nos pareció curioso.

La noche del 5 de setiembre y la mañana siguiente hubo una espesa bruma: no nos encontrábamos, sin embargo, a mayor altura que de cien toesas sobre 1.3 superficie del mar. En el momento de salir determiné geoméricamente la altura del gran monte calcáreo situado a 800 toesas de distancia, al mediodía de San Fernando. y de cuesta escarpada hacia el Norte. Solamente está elevada 215 toesas más que la plaza mayor; pero desnudas masas de rocas que se encuentran en medio de una espesa vegetación le dan un aspecto muy imponente.

El camino de San Fernando a Cumaná pasa por un valle despejado y húmedo, en medio de pequeñas sementeras. Atravesamos de vado gran cantidad de arroyos El termómetro no se sostenía a la sombra más arriba de 30"; pero estábamos expuestos a los rayos directos del sol, pues los bambúes que bordean el camino ofrecían muy poco abrigo, y sufríamos mucho del calor. Pasamos por la aldea de Arenas, habitada por indios de la misma raza que los de San Fernando; pero Arenas no es misión, y los indígenas, gobernados por un cura, están allí no tan desnudos y más educados. Su templo es conocido en el país, a causa de algunas pinturas informes. Un angosto friso incluye figuras de armadillos de caimanes, jaguares y otros animales del Nuevo Mundo¹¹.

En esta aldea vive un labrador, Francisco Lozano, que presenta un fenómeno de fisiología digno de sorprender la imaginación, aunque esté muy de acuerdo con las leyes conocidas de la naturaleza orgánica. Este hombre ha criado un hijo con su propia leche. Como había enfer-

¹¹ las cuatro villas de Arenas, Macarapana, Marigüitar y Aricagua, fundadas por los capuchinos de Aragnó, tienen el nombre de Doctrinas de Encomienda.

mado la madre, el padre, para calmar al niño, lo llevó a su cama y lo estrechó contra su pecho. Lozano, de treintidós años de edad, no había notado hasta ese día que tuviese leche pero la irritación de la tetilla ocupada por el niño produjo la acumulación de ese líquido. La leche era consistente y fuertemente azucarada. Admirado el padre de ver engrosar la tetilla, hizo mamar al niño por cinco meses, dos o tres veces al día. Esto llamó la atención de sus vecinos, mas no imaginó, como lo hubiera hecho en Europa, aprovechar esa curiosidad que excitaba. Hemos visto el acta levantada localmente para probar este hecho notable. Los testigos oculares viven todavía, y nos han asegurado que mientras duró la lactancia no recibió el hijo ninguna otra alimentación que la leche del padre Lozano, que no se hallaba en Arenas cuando viajamos a las misiones, fue a visitarnos a Cumaná. Le acompañaba su hijo, que tenía ya de trece a catorce años. El señor Bonpland examinó con cuidado el seno del padre, y lo halló arrugado, como en las mujeres que han criado. Observó que la mama izquierda sobre todo estaba muy dilatada. lo que nos explicó Lozano por el hecho de que nunca las dos mamas suministraron leche con igual abundancia. Don Vicente Emparan, gobernador de la provincia, envió a Cádiz una descripción detallada de este fenómeno.

No es raro que entre los hombres y los animales haya machos cuyas mamas posean leche, y no parece el clima ejercer una influencia muy marcada sobre esta secreción más o menos abundante. Los antiguos citan la leche de los chivos de Lemnos y de Córcega: y todavía en nuestros días se ha visto en el país de Hanover un macho cabrío que por muchos años fue ordeñado cada dos días, dando más leche que las cabras. Entre los signos de la supuesta debilidad de los americanos, han mencionado los viajeros la leche que contenía el seno de los hombres¹². No obstante es poco probable que este fenómeno se haya observado alguna vez en toda la gente de algún lugar de América desconocido por los viajeros modernos; y puedo afirmar que ahora no

¹² Hasta se ha afirmado gravemente que en una parte del Brasil eran los hombres, y no las mujeres, los que criaban los niños. Clavigero, *Storia di Messico*, t. IV, p. 169.

es más común en el Nuevo Continente que en el viejo. El labrador de Arenas cuya historia acabamos de contar no es de la raza cobriza de los indios Chaimas: es un hombre blanco, descendiente de europeos. Por otra parte, los anatomistas de Petersburgo han observado que en la plebe rusa es mucho más frecuente la leche en el seno de los hombres que en las naciones más meridionales, y los rusos nunca han sido tenidos por débiles y afeminados.

Entre las variedades de nuestra especie existe una raza de hombres cuyo seno muestra un volumen muy notable en la edad de la pubertad. A esta clase no pertenece Lozano, y a menudo nos repitió que sólo fue la irritación de la tetilla a causa de la succión lo que hizo bajar la leche. Ello confirma la observación de los antiguos, quienes señalan que los hombres que tienen algo de leche la dan en abundancia tan luego como les chupan los senos¹³. Este efecto singular de un estímulo nervioso era conocido por los pastores de Grecia: los del Monte Eta frotaban con ortiga las telas de las cabras que todavía habían concebido para hacerles bajar la leche.

Reflexionando sobre el cuadro de los fenómenos vitales, se observa que ninguno de ellos está por entero aislado. En todos los siglos se han citado ejemplos de niñas no núbiles o de mujeres cuyas mamas estaban marchitas por la edad, que han podido criar hijos. Estos ejemplos son infinitamente más raros por lo que hace a los hombres, y después de buscarlos mucho he hallado apenas dos o tres. Uno lo cita el anatomista de Verona Alejandro Benédicto que vivió a fines del siglo XV. Refiere la historia de un habitante de Siria que, para aquietar a su hijo tras la muerte de su madre, lo estrechó contra su seno; y vino la leche desde entonces con tal abundancia, que aquél pudo por sí solo ocuparse de amamantar a su hijo. Otros ejemplos están referidos por Santorellus, por Faria y por Robert, obispo de Corke. Habiendo sido observados estos fenómenos en su mayoría desde tiempos muy remotos, es interesante para la fisiología el que se haya podido verificarlos en nuestros días. Convienen por lo demás estrechamente a la discusión tan debatida de las causas finales. La presencia de pezones

¹³ Aristóteles. Historia animal, lib. 3, cap. 20.

en el hombre ha confundido por mucho tiempo a los filósofos, y no se ha titubeado hace poco en afirmar que la naturaleza ha negado a uno de los sexos la facultad de alimentar, porque esa facultad no estaría de acuerdo con la dignidad del hombre".